

El amo de mañana comanda desde hoy — Jacques Lacan

Lacan Quotidien



N° 852 – Martes 12 de noviembre de 2019 – 17 h 25 [GMT + 1] – lacanquotidien.fr



La voz de los acontecimientos

A CONTINUACIÓN

La hora de Adèle H*, en la mañana en **Médiapart**
(In)actualidad candente, la crónica de Nathalie Georges-Lambrichs

La hora de Adèle H*, en la mañana de *Médiapart*

(In)actualidad candente. La crónica de Nathalie Georges-Lambrichs

Tenemos lo que ella dice y cómo lo dice, pero también hay otra cosa: una voz. Adèle Haenel se expresa en el idioma de sus pares, se muestra en la pantalla y simplemente la hace estallar, haciéndose escuchar, forzando una de las voces que Alain Jouffroy llama “de fino silencio”, para decir que ella fue una cautiva, fue una víctima, alienada en la palabra y en los gestos de un hombre que le triplicaba la edad; que estuvo bajo su influencia y que se quedó sola con eso, cada semana, durante sus tres años cruciales entre el final de su niñez y el principio de su pubertad. Al terminar la investigación conducida por Marine Turchi, con su consentimiento, Adèle vuelve sobre sus pasos, orientada, muy erguida, sus ojos bien abiertos, muy atenta a lo que le devuelven sus palabras, escuchando su propio cuerpo, conteniendo su emoción y sus nervios a flor de piel.

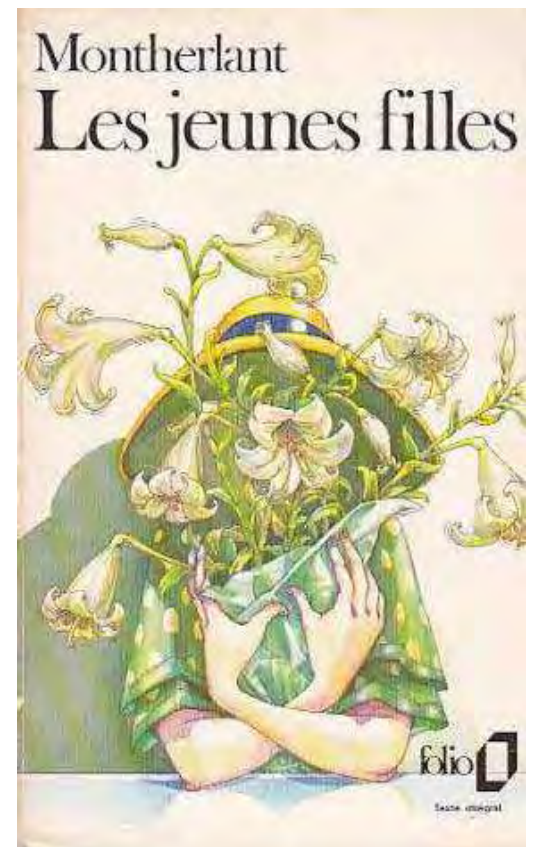


Ella va diciendo y se van asentando lo que se consideran los hechos, porque no hay más hechos que los dichos. Esos hechos constituidos, respaldados por varios testimonios firmados, serán librados al comentario, al chismorreo, serán indefectiblemente deformados. Adèle Haenel no lo ignora pero ella quiere arriesgarse a decirlo públicamente antes que callarlo o reservar su palabra a cierto círculo privado, pese a los consejos, recomendaciones, e intimidaciones, sabiendo cada uno cuál es el riesgo de silenciar la palabra. Entre la palabra y lo escrito, un sordo gong: la palabra que hace *mutis*, articulando los dos modos irreductibles que declinan en diferentes géneros y formas.

Adèle H* escogió perforar lo que ella llama *l'omertá* (1) del mundo cinematográfico y del espectáculo. Quiso ir a fondo con la palabra, provocar el contagio, su propagación, ofreciendo así la protección de su fuerza a otras, como una fuente de donde extraer el coraje para hablar.

Adèle H*, ¡es justo escribiéndole que lo escucho! El nombre de esta otra chica, la hija menor del gran escritor de quien Truffaut hizo el film, la que no se murió ahogada pero que sí se dañó en los torbellinos de la locura.

Escuchaba a Adèle Haenel esta mañana, mientras la miraba, y volví a ver las escenas de mi vida. El joven residente que entra en mi cuarto luego de la operación de apéndice a los diecisiete años, en medio de la noche, con una mano suya bajo las sábanas y tirando de mi otra mano hacia su sexo, su cara carmesí de ginecólogo presto a violarme luego en su consultorio. En esos días yo no podía poner esos actos en la cuenta de lo que llamaban mi belleza, como quien dice, protegida por una mortaja que me hacía invisible. En esa misma época, la voz de mi madre evocaba aquella mirada lanzada sobre mí de Balthus, a mis ocho años: “Sus ojos libidinosos brillaban como rojos rubíes, y me dije: ‘viejo, no la volverás a ver antes de los dieciocho, ¿comprendes? A los dieciocho, ya no te mirará más’”. Mi madre, esa letrada, digna esposa de ese hombre, mi padre, que me apretaba un poco mucho cuando cumplí los dieciocho; que cuando yo me apartaba, él se disculpaba diciendo no haberme reconocido. Ella tenía más de un giro expresivo en su tintero. Ella también tenía principios que eran ignorados en el medio literario, donde el talento era la excusa, y alardeaba en decirme que yo no había tenido la suerte de “ver a tu padre, en tu más tierna infancia, correr en cuatro patas detrás de (mi)”, madre desnuda, para lograr su retrato. Sin embargo, recuerdo el recibimiento dado a *Lolita*, “una obra maestra”, y a *La motocicleta* de Mandiargues como de su *Porte dévergondée*. También recuerdo la llegada clandestina, una noche, en cajas lujosas y acolchonadas, de obras eróticas publicadas por Tchou, encuadernadas con lazos rosas y terciopelo negro, así como la obra completa de Sade hecha por Pauvert, cuya lectura dejé de lado por mucho tiempo. Tampoco olvidé rostros y nombres que callo, de hombres fallecidos hoy, conocidos por sus actos pedófilos, protegidos y absueltos, quienes fueron recibidos por mis padres encargados de revender sus obras. La vez que recibí *El muro* de Sartre a mis trece años, pude encontrar yo sola *Las jóvenes* de Montherlant.



Adèle H. termina su testimonio con una carta a su padre, una carta de amor, como toda carta destinada a la administración, tal y como lo profiriera Pierre Legendre, autor de *El amor del censor*, (2) publicada en la novísima colección del “Campo freudiano” de ediciones Seuil, invitado por Lacan para intervenir en las Jornadas de la Escuela Freudiana de París en 1978. Alrededor de esta carta, que Adèle Haenel leyó para cerrar la entrevista con Edwy Plenel y Marine Turchi, me pareció que se apaciguaba el silencio de la madre, el silencio de cada madre, de esa mujer de la que habla (digo, escribe) tan bien Pascal Quignard especialmente en sus *Performances de ténèbres*.

Adèle Haenel, que se dice mujer y deseosa de manifestar con otras mujeres contra la ley del silencio, quiere emprender la tarea de que los hombres y las mujeres se hablen, esos seres, esos *trumains*,⁽³⁾ listos y prontos a devorarse entre sí, más feroces que cualquier animal. Escucho cómo retumba el silencio de las madres. Me acuerdo del dicho de Lacan, aquel que Alain Merlet situó en el Seminario 6, “El deseo y su interpretación”: “Si hay menos perversiones en las mujeres que en los hombres es porque ellas satisfacen, en general, sus relaciones perversas en sus relaciones con sus hijos”,⁽⁴⁾ que lanza un puente entre la falta en ser-madre y tener un hijo. Durante largo tiempo acorralé a “mi madre” en mí, asumiendo el costo de mis dichos por aquello que la rodeaba, junto a un profundo pesar. Es por ello que temo que esos rostros de madres ancestrales, que dieron forma a nuestro gusto y condensaron nuestros miedos, atraviesen de repente las murallas de papel que conforman los libros donde se encuentran acorralados, como confinados al arresto domiciliario y escenificados. Tengo miedo de que esos rostros maternos atraviesen las pantallas virtuales sobre las que bailan como espectros para cubrirnos de un horror fingido; que ellos reconecten con las bacantes o con las amazonas, como así lo demuestra la historia, pagando el precio por la inercia del presente.

Sé cuál es el precio del único afecto que vale, el que Adèle Haenel seguramente no ignora. No se trata del enojo ni de la vergüenza, pero sí de la angustia. Por apenas un poco de angustia, yo la endiosaría, le imploraría, le rezaría. ¿Puede la angustia ser la brújula de las marchas *#metoo* que se perfilan como único muro a la voracidad despreciable? ¿Puede la falta faltar lo suficiente para que se mantenga y se fortifique el *nespace* (5) donde se teje el hilo de la palabra, donde se forma el entramado que frena los pasajes al acto de los justicieros?



Porque al final, esos hombres, esos culpables, ¿no son también hijos? ¿Y Polanski?, ese hombre puesto hoy en la vindicta pública, no por Adèle Haenel, que sabe que ningún ser humano puede obtener el perdón de nadie, sino por él mismo luego de varias vueltas dadas sobre sí. Roman Polanski, quien firma hoy con su película un *Yo acuso*, ¿quién sabe quién es? *Chi lo sa?*, para decirlo en la lengua del diablo enamorado al que Lacan pidió prestado su *Che vuoi?*

Adèle Haenel escogió hablar por los medios, sólida por su célebre conquista como talentosa actriz, para abrirla el camino a los testimonios de otras más modestas y menos protegidas.

Luego del programa emitido, en mis recuerdos guardados en los cajones que el análisis permitió clasificar, una pregunta se formula: ¿cómo decir que el trauma no solo quedará por siempre sin compartirse, sin justificación, sin autoría, pero conteniendo fuerzas ciegas y cuyo desencadenamiento se daría por una imagen, si acaso la tuviera? ¿Cómo hacer con el trauma para que su forma sea más eficaz y menos riesgosa? ¿Cómo librarse de él? ¿Cómo redimirse del mismo? ¿Cómo separar enunciación de denuncia, silencio de complicidad?

En todo caso, me parece que nadie podrá desviarse de ese campo ahora abierto, ni no solidarizarse con él, por el lugar que a cada uno le toca por ser un semejante. El asunto del prójimo queda como la parte *éxtima*, ese combinado que no se reabsorbe, hecho de excesos y de defectos que cada uno define como una respuesta en términos de goce, *en-forma* de responsabilidad frente al *por-venir*.

5 de noviembre de 2019

Traducción: Caterly Tato

(1) Ley de silencio u *omertá* es el código de honor siciliano que prohíbe informar sobre actividades delictivas relacionadas con la mafia. En la cultura de la mafia, romper el juramento de *omertá* es punible con la muerte (N. de la T.).

(2) Legendre, P., *El amor del censor: ensayo sobre el orden dogmático*, Anagrama, Barcelona, 1979 (N. de la T.).

(3) Lacan, J., Seminario 25, "El momento de concluir", clase 5 del 17 de enero de 1978, inédito.

(4) La utilización de esta frase que la autora incluye se corresponde más con el Seminario 6, "El deseo y su interpretación", de Lacan en su versión inédita, que a la publicada por Paidós. Preferimos ajustarnos a la frase de la autora (N. de la T.).

(5) "*Nespace*" se refiere a "*new space*" o "*nouveau espace*" (N. de la T.).

Lacan Quotidien, « La parrhesia en acte », est une production de Navarin éditeur

1, avenue de l'Observatoire, Paris 6^e – Siège : 1, rue Huysmans, Paris 6^e – navarinediteur@gmail.com

Directrice, éditrice responsable : Eve Miller-Rose (eve.navarin@gmail.com).

Éditorialistes : Christiane Alberti, Pierre-Gilles Guéguen, Anaëlle Lebovits-Quenehen.

Maquettiste : Luc Garcia.

Relectures : Sylvie Goumet, Michèle Rivoire, Pascale Simonet, Anne Weinstein.

Électronicien : Nicolas Rose.

Secrétariat : Nathalie Marchaison.

Secrétaire générale : Carole Dewambrechies-La Sagna.

Comité exécutif : Jacques-Alain Miller, président ; Virginie Leblanc ; Eve Miller-Rose.

Responsable de la traducción al español: Secretaría de Biblioteca de la EOL

Secretario: Nicolás Bousoño – nicolas.bousono@gmail.com

Responsable de Lacan Cotidiano (Selección de textos): Mónica Lax –

monicalax.lacancotidiano@gmail.com

Colaboración: Liliana Zaremsky

Maquetación Lacan Cotidiano: José Luis González – Mónica Lax

Traducción: Caterly Tato

Revisión de la traducción: Nicolás Bousoño